



Carl Bergstrom,  
durante una visita  
a Barcelona.

AUDACES

# PATRAÑAS, FALACIAS, IDIOTECES Y TONTERÍAS

Este hombre tiene un consejo: si le llega una noticia dudosa, no la comparta. Carl Bergstrom es coautor de *Contra la charlatanería*, un manual de supervivencia para aprender a informarse “menos, pero mucho mejor”. O, como mínimo, “a no regar la planta tóxica”.

POR MIGUEL ECHARRI  
FOTOGRAFÍA DE VICENS GIMÉNEZ

**C**ARL BERGSTROM HA venido a hablar de su libro, pero sus interlocutores españoles insisten en preguntarle por Donald Trump, el asalto al Capitolio o el (presunto) declive del imperio estadounidense. Algunas de esas cuestiones son abordadas, de refilón pero con inteligencia, en *Contra la charlatanería (Calling Bullshit. The Art of Scepticism in a Data-Driven World)*, un ensayo escrito a cuatro manos con el experto en información y comunicación Jevin West. Bergstrom es biólogo evolutivo y, “desde luego, no un experto en Trump ni en el auge imparable de la República Popular China”, pero comparte con su socio un interés por la deriva del mundo en general y del *bullshit*, la charlatanería, en particular.

*Bullshit* podría traducirse como patraña, falacia, idiotez o, sencillamente, tontería. Hay *bullshit* alevoso y contumaz en las campañas de desinformación sistemática de regímenes autoritarios como China y Rusia, pero también en los tuits incendiarios de Trump, en “los medios de comunicación basura que venderían a sus madres por un par de clics” o en estudios académicos que “pretenden convencernos, con datos pésimamente coci-

nados, de que existe una correlación directa entre tus perspectivas de éxito socioeconómico en la vida y la edad en que diste tu primer beso”.

El *bullshit*, concluye, “está en todas partes”. Prolifera por doquier gracias “a la caja de resonancia que ha encontrado en medios de comunicación digital y entornos sociales”. Él empezó a ser consciente de la existencia de las patrañas sin fundamento a los siete años: “Mi amigo Eric tenía cualidades asombrosas. Era fuerte, rápido, patinaba, nadaba o iba en bici mejor que nadie, y todos nos preguntábamos cómo había adquirido esas habilidades. Un día nos dijo que había estado en el Ejército japonés. Nos lo creímos. Fin de la historia. Ese fue mi primer contacto con el *bullshit*”.

Otras formas de charlatanería resultan menos infantiles e inocuas. De ahí que Bergstrom y West planteasen, hace ya cinco años, impartir un cur-

**“Por desgracia, es cierto que la mentira vuela y la verdad va a rastras”, asume el biólogo evolutivo**

so de alfabetización digital avanzada en la Universidad de Washington, en Seattle. Tenían incluso el título, *Calling Bullshit*: denunciar (o reconocer) las patrañas. “La universidad fue algo reticente al principio”, explica, “no les parecía serio que un experto en comunicación y un biólogo evolutivo se aliasen para combatir la proliferación de mentiras en los medios y las redes, y encontraban poco adecuado que quisiésemos tratar el *bullshit* como una especie de planta infecciosa que hay que extirpar de raíz”. Sin embargo, las 150 plazas de la primera edición se agotarían en cuestión de minutos.

Bergstrom y West darían luego el paso de convertir su experiencia en las aulas en un libro, un manual de supervivencia que enseña “a informarse menos, pero mucho mejor”.

¿El primer consejo para contribuir a desactivar la espiral del *bullshit*? “Si le llega una información dudosa, sospechosa o que su intuición le indica que podría no ser correcta, hágase un favor y no la comparta”. El *bullshit* solo necesita un punto de apoyo para dominar el mundo, no se lo proporcionemos “por frivolidad, por inercia o por pereza”. El *bullshit* no pretende convencernos de nada. Solo aspira a “sembrar dudas, destruir la noción de verdad enturbiando así el debate público y degradando y debilitando nuestras sociedades”. “Por desgracia, es cierto que la mentira vuela y la verdad va a rastras. Es mucho más sencillo lanzar y viralizar un bulo que desmentirlo de manera eficaz y contundente”, concluye Bergstrom. Pero al menos “no propaguemos el virus, no reguemos la planta tóxica”. —EPS